



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI CONSILIUM GENERALE

Prot. 60/2009

*Carta del Ministro General
y del Consejo General
a todos los Hermanos y Hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís
en ocasión de la Navidad, 2009*

HACIA LAS FUENTES DE LA ALEGRÍA FRANCISCANA

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo de Adviento, tiempo de preparación para la fiesta de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo, los franciscanos celebramos de un modo particular la alegría de la Navidad porque San Francisco *“celebraba con mayor regocijo que otras solemnidades la Natividad del Niño Jesús, asegurando que ella era la fiesta de las fiestas, por la que el Dios hecho hombre se sujetó a las miserias humanas, bebiendo la leche materna como hacen todos los hijos de los hombres”* (2C 199).

Introducción

Por primera vez en la historia, en Greccio, san Francisco representó un Belén viviente en 1223 porque deseaba, según nos dice: *“hacer memoria con mayor naturalidad de aquel divino Niño y de las incomodidades que sufrió al ser reclinado en un pesebre y puesto sobre húmeda paja junto a un buey y un asno”* (1C 84), hasta el punto de animar al hermano Morico a celebrar este evento de manera especial comiendo carne el día de Navidad, aun cuando cayera en viernes y añadía: *“deseo que hasta las paredes coman carne y si no pueden, por lo menos que se las restriegue con grasa”* (2C 199). Es evidente por este y otros pasajes semejantes que San Francisco se conmovía y se llenaba de ternura y de profundo gozo al contemplar el Nacimiento del Señor, donde el Hijo de Dios se hace niño que llora, que es amamantado y sonrío.



Amados hermanos y hermanas, al recordar el gozo intenso que San Francisco sentía en la celebración de la Navidad, nos parece apropiado compartir con vosotros algunas reflexiones sobre las fuentes de la alegría franciscana.

Quisiéramos empezar diciendo algo que a primera vista puede parecer un poco extraño: La alegría es una cosa muy seria. Nos referimos a la alegría profunda, al gozo del corazón, a aquella alegría que es fruto del Espíritu, que forma el corazón humano y da color a todos los aspectos de nuestra existencia humana. Muy diferente de la sensación pasajera de contento o felicidad y que, en un sentido real, puede identificarse con el amor y la libertad. Nos exige que estemos constantemente abiertos a la presencia de Dios que nos guía y al deseo de vivir y cooperar siempre con la Voluntad Divina.

Por esto podemos decir que no es nada fácil estar alegres y que en muchas ocasiones es mucho más fácil dejarse llevar por la tristeza y el pesimismo. Por eso la Palabra de Dios nos manda estar alegres. Como nos exhorta San Pablo "*estad alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres*" (Flp 4,4).

Alegría franciscana

Los escritos de y acerca de San Francisco nos muestran que él introdujo la ternura, la simpatía, la delicadeza, la cordialidad en el mundo y la Iglesia de su tiempo. Los papas, obispos, sacerdotes, frailes, monjas y laicos que lo conocieron encontraron en él una persona perfectamente alegre. Bajo el punto de vista de la psicología, podemos decir que Francisco tenía una personalidad alegre y que ésta marcaba su manera de ser en el mundo. Las leyendas apuntan que aun antes de su conversión, Francisco era simpático y atrayente, lleno de humor. Tenía un temperamento apasionado, jovial y sensitivo. Estas características de su personalidad continuaron después de su conversión, según aquello que Santo Tomás y otros teólogos nos dicen: la gracia no destruye la naturaleza sino que la lleva a su plenitud.

Francisco nos mostró con su vida que para ser santos hay que ser humanos y que para ser verdaderamente humanos hay que dejarse llevar por la ternura, por la misericordia y la alegría. Para Francisco Dios es alegría y la fuente de toda alegría. Esto se expresa muy bien en sus *Alabanzas al Dios Altísimo*, la oración que escribió en La Verna durante el retiro en el que recibió las llagas:

"Tú eres el santo, Señor Dios único, el que hace maravillas, tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres altísimo, tú eres el rey omnipotente; tú Padre santo, rey del cielo y de la tierra.

Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses, tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero.



*Tú eres el amor, la caridad; tú eres la sabiduría, tú eres la humildad, tú eres la paciencia, tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre; tú eres la seguridad, tú eres el descanso, **tú eres el gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría**, tú eres la justicia, tú eres la templanza, tú eres toda nuestra riqueza."*

(ADA 1-4)

En la 'Oración simple', que refleja su espiritualidad, aunque probablemente no se pueda atribuir a San Francisco, se escribe el desafío: '*donde haya tristeza, ponga yo alegría*'. Esta sección puede muy bien basarse en lo que se entrevé en estas dos admoniciones de San Francisco:

Bendito es el religioso que no encuentra placer y gusto excepto en las benditas palabras y hechos del Señor y, con ellas, guía al pueblo al amor de Dios con gozo y alegría. (Adm. XX)

Donde hay caridad y sabiduría no existe ni temor ni ignorancia. Donde hay paciencia y humildad no existe ni ira ni descontento. Donde hay pobreza con alegría no existe ni codicia ni avaricia. (Adm. XXVII 1-3).

Naturalmente la historia más conocida sobre la reflexión personal de Francisco sobre este tema lo encontramos en *Las Florecillas de San Francisco*, en el pasaje en que el santo alecciona al hermano León sobre la fuente de la "perfecta alegría". Después de presentar una larga lista de cosas que no pueden considerarse perfecta alegría, cuenta la historia de que los dos son rechazados por el hermano portero de Santa María de los Ángeles un día frío y nevado. En vez de darles cobijo y consuelo el hermano les grita y los tira en la nieve con maldiciones y golpes, los revuelve en la nieve al tiempo que los muele de pies a cabeza con un palo. Francisco dice al hermano León que,

"...si soportamos estas cosas pacientemente y con felicidad, pensando en los sufrimientos de Cristo, que debemos sufrir por Su amor, Oh hermano León, escribe que aquí se encuentra la perfecta alegría" (Flor. 8).

El santo concluye haciendo notar que el mayor don que el Espíritu de Dios da a los amigos de Cristo es el de "*dominarse a sí mismos y soportar con alegría, por el amor de Cristo, los sufrimientos, injurias, insultos y dificultades...*" (Flor. 8).

Estas y otras narraciones en las leyendas apuntan a que la espiritualidad franciscana está toda ella transida de alegría, de tal manera que en el lenguaje popular se habla de la "alegría franciscana".



Fuentes de la Alegría Franciscana

Por lo que podemos claramente leer y ver en las fuentes, San Francisco enfatizaba la importancia de estar llenos de alegría y la necesidad de compartirla con los demás. En esta sección de la carta nos gustaría explorar algunas de las fuentes de esta alegría de modo que podamos beber del mismo pozo que alentó la vida y la espiritualidad de nuestro fundador.

En primer lugar, como muy bien expresa el santo en sus *Alabanzas a Dios la primera y fundamental fuente de alegría para Francisco era su experiencia de Dios*. La dimensión contemplativa de Francisco fue tan intensa que Tomás de Celano la resume con una frase exacta y feliz: *"No era un hombre que hacía oración, sino más bien, un hombre hecho oración"* (2C 95). Esta disposición o experiencia de oración profunda sólo podía venir de frecuentes e intensos períodos de dirigirse a Dios, períodos de estar con Dios en soledad y adoración. Las leyendas coinciden en señalar la importancia que tuvieron en la vida del Santo los eremitorios. Y como lo fueron para el Francisco, los eremitorios franciscanos, lugares de silencio y de una gran belleza, son una invitación a sumergirnos en el silencio, un silencio de adoración, de estupor, de asombro y de contemplación ante el misterio del inmenso amor de Dios.

Nuestras Constituciones nos recuerdan que *"la erección de un eremitorio o lugar de soledad en cada Provincia ofrece un testimonio más claro de la necesidad de integrar en nuestra vida la dimensión contemplativa y la activa. Además, ofrece la posibilidad de revivir la tradición eremítica en nuestra vocación franciscana"* (Const. T.O.R. 75). Si no podemos dedicar tiempo en un eremitorio o en un retiro, por lo menos dirijámonos frecuentemente al Señor y pasemos el tiempo con el Dios que nos ama y que es la única fuente de la verdadera y permanente alegría.

Dios mismo fue la primera fuente de alegría para Francisco. Bebamos también nosotros en espíritu de oración en la fuente de su amor para que también podamos ser auténticamente alegres. Si no regeneramos constantemente nuestras energías en la oración nos veremos gradualmente alejados de la fuente de la vida y nos quedaremos secos y espiritualmente sedientos. José Antonio Pagola, director del ITP de San Sebastián, España, lo expresa así:

"Has llenado tu vida de cosas y preocupaciones. Y así, poco a poco, casi sin darte cuenta, te has ido vaciando por dentro; Dios ha ido desapareciendo de tu vida. Te mueves constantemente, tratas con muchas personas. Con todas menos con Dios" (Creer, ¿para qué?, 88).

Si queremos estar alegres hay que "tratar de amistad" con Dios y saborear la experiencia de gratuidad en la oración. Se nos invita a gozar de Dios, no a utilizarlo. La paradoja consiste en que cuando realmente nos perdemos en Dios, sólo entonces



es cuando nos encontramos a nosotros mismos. Si no lo podemos hacer, o nos parece muy lejano, quizás es que estamos perdiendo o hemos perdido la calidad y continuidad de nuestra vida de oración.

Otra fuente de alegría para San Francisco fue su vivencia de la fraternidad. Una fraternidad abierta a la Iglesia, al mundo y a la naturaleza.

Es un hecho que la comunidad ideal, perfecta, no existe todavía y que hay que contar con las tensiones y conflictos inherentes a la naturaleza humana. Sin embargo, la vida fraterna en comunidad fue para Francisco, y también debería ser para nosotros, una fuente de gozo y de alegría.

Un comentario actual de la alegría que Francisco experimentaba en su vivencia de la Fraternidad lo encontramos en el Documento “Vida Fraterna en Comunidad” de la CIVCSVA, que tiene una aplicación muy concreta para todos nosotros:

“La alegría de estar juntos, la alegría de vivir, aún en medio de las dificultades del camino humano, forma ya parte del Reino... Esta alegría es fruto del Espíritu... Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Muy pronto sus miembros se verán tentados de buscar en otra parte lo que no pueden encontrar en su casa. Por otra parte este testimonio de alegría suscita un enorme atractivo hacia la vida religiosa. Es una fuente de nuevas vocaciones y un apoyo para la perseverancia”
(n. 28).

Para Francisco, la fraternidad – vida con los hermanos que el Señor tan graciosamente le había dado – era el lugar privilegiado donde la vida religiosa se vivía y donde él encontró realmente la respuesta a la plegaria que dirigió a viva voz al Señor en San Damián.

Otra fuente de alegría la encontró Francisco en la contemplación de todas las criaturas. Movido por su espíritu poético y trascendente **llegaba a Dios a través de las criaturas**, dones de Dios, el Altísimo y a las que él veía como hermanos y hermanas. En su admirable Cántico al Hermano sol no se limita a cantar a través de las criaturas, sino que canta con ellas.

“Las hermanas alondras alaban a su Creador; vayamos, pues, nosotros en medio de ellas y alabemos al Señor” (LM VIII, 9).

Se llenaba de inefable gozo cuantas veces miraba el sol, o contemplaba la luna, la lozanía de las flores, trigos y viñedos, los ríos, el fuego, el aire y el viento. Y a todas las criaturas les daba el dulce nombre de hermanas (cfr. 1C 81).



Tomás de Celano continúa diciendo que esta tremenda admiración por lo creado llevó a Francisco a reverenciar, entre otras cosas, hasta a los gusanos, las abejas, todos los elementos y criaturas de la creación, flores, campos y viñedos, rocas y árboles, tierra y fuego, aire y viento: a todas urgía a amar a Dios y a servirlo voluntariamente. (1C 81).

San Buenaventura confirma lo que leyendas anteriores dicen acerca del amor de Francisco por las criaturas y añade los siguientes relatos del santo que invita a los pájaros e insectos a unirse con él en cantar las alabanzas a Dios, Creador de todo:

“Viajaba otro día con un hermano por las lagunas de Venecia, cuando se encontró con una gran bandada de aves que, subidas a las enramadas, entonaban animados gorjeos. Al verlas dijo a su compañero: “Las hermanas aves alaban a su creador. Pongámonos en medio de ellas y cantemos también nosotros al Señor, recitando sus alabanzas y las horas canónicas”.

“En Santa María de la Porciúncula se había instalado una cigarra sobre una higuera cercana a la celda del varón de Dios, y desde allí daba sus conciertos. El siervo de Dios, que había aprendido a admirar, aun en las cosas pequeñas, la magnificencia del Creador, se sentía movido por el canto a alabar más frecuentemente al Señor. Un día llamó Francisco a la cigarra y esta, como amaestrada por el cielo, voló a sus manos.. Al decirle: “¡Canta mi hermana cigarra y alaba jubilosamente al Señor!”, ella, obediente, comenzó enseguida a cantar...” (LM VIII,9).

De acuerdo con San Buenaventura, Francisco era movido a alabar a Dios de este modo debido a la verdadera piedad que le transformaba en Cristo y *“a través de la reconciliación universal con la que cada cosa le devolvía al estado de inocencia”* (LM VIII,1).

Otra fuente de alegría para Francisco fue la aceptación e integración de lo negativo o pecaminoso en su vida y en la de los demás.

Francisco supo vivir alegremente con aquello que no podía cambiar. Supo aceptar sus propias sombras y las de los demás, respetando y aceptando lo negativo e integrándolo dentro de una forma de vida centrada en el Evangelio. La suprema expresión de esta actitud la encontramos en la narración de la “perfecta alegría” o de la “perfecta libertad” que encontramos en el genial relato de las ‘Florecillas’. En vez de reprochar o castigar al portero que se había comportado tan vil y duramente, dice al hermano León que aun aquí, en medio del dolor y la humillación se puede encontrar la perfecta alegría cuando conquistamos nuestras debilidades y somos pacientes con los pecados de los demás – todo por amor a Cristo.



También para nosotros puede ser una fuente de alegría y de gozo profundo el saber amar y abrazar alegremente nuestra propia negatividad y asumir las limitaciones y la finitud de nuestra vida. Si nosotros sabemos asumir y aceptar lo negativo y sombrío de los demás, concretamente las dificultades inherentes a la vida fraterna, significa que también sabemos aceptarnos a nosotros mismos con nuestras limitaciones, fragilidades y pecados. Leonardo Boff lo expresa así:

“Si al final no consigues ser santo, ni perfecto, ni bueno, a causa de tus pecados, procura entonces llevar esta carga delante de Dios y entregar tu vida a la misericordia de Dios. Si haces esto sin amargura, con toda humildad y con jovialidad de espíritu, movido por la ternura de Dios que ama a los ingratos y a los malos, entonces comenzarás a sentir lo que es razonable, aprenderás en qué consiste ser bueno, lentamente aspirarás a ser perfecto y, por fin, suspirarás por ser santo” (L. Boff, S. Francisco de Asís, ternura y vigor).

A este punto viene a la mente la oración usada frecuentemente por Alcohólicos Anónimos y otros programas, que sintoniza tan bien con nuestra espiritualidad franciscana: *“Señor, dame la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar; coraje para cambiar lo que puedo y sabiduría para conocer la diferencia.”*

Finalmente otra fuente de alegría para Francisco fue su amor, lleno de ternura y de respeto, para con los más pobres de este mundo, que en su tiempo eran los leprosos.

Para Francisco el amor a Cristo crucificado y a los pobres, que continúan la pasión de Jesús, era una misma cosa. Su encuentro con el leproso fue también un encuentro con Cristo que le marcó para siempre y le enseñó a ver a los demás de modo distinto. Así escribe en su Testamento *“... y lo que antes me parecía amargo se me tornó en dulzura de alma y cuerpo”* (Test 3).

La preferencia de Jesús por anunciar la buena nueva a los pobres, su cercanía hacia los pecadores y pequeños de este mundo ha sido y será siempre una interpelación para la vida franciscana de todos los tiempos y una fuente de alegría. Pero requiere que *“produzcamos frutos dignos de penitencia”* (1CF 4). Con estas palabras Francisco nos reta en el documento que forma el prólogo a nuestra *Regla*. Es decir, necesitamos practicar obras concretas de misericordia y de lucha por la justicia. Una comunidad que no se abre a los pobres es una comunidad que no crece espiritualmente y una comunidad triste.

Conclusión

El mundo tiene necesidad de una vida franciscana que sea un trasunto de Cristo y que se manifieste como una donación total y vivida con gozo. Necesitamos



proponer a la juventud de hoy nuevos y auténticos modos de ser radicales para con Dios y objetivos que les comprometan en la medida de su generosidad. La única manera para conseguirlo es si nosotros somos “personas llenas de alegría” – personas que reconocen quienes somos realmente ante el Señor de Todo y que pueden llamar a todo y a todos, con honestidad y alegría, a alabar a Dios, en y a través de la Creación, como San Francisco lo hizo tan maravillosamente antes que nosotros.

No olvidemos que un santo triste es un triste santo y que no tenemos la culpa de la cara que tenemos, pero sí somos responsables de la cara que ponemos. Por eso nuestra *Regla* nos avisa: “*Los hermanos y las hermanas han de mostrarse alegres en el Señor, jubilosos y oportunamente donairosos*” (Regla T.O.R. 20).

La misma *Regla* nos indica el camino de la perfecta alegría:

“... Y han de sentirse dichosos cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los leprosos y con los que piden limosna a la vera de los caminos” (Regla T.O.R. 21).

Abracemos, pues, la herencia y el ejemplo que hemos recibido de San Francisco y seamos como él instrumentos gozosos de verdadera alegría.

¡Que el Señor os conceda su paz y que todos celebremos con gozo la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo!

Roma, 25 de diciembre 2009

p. Michael J. Higgins, TOR
Ministro General

p. John Kochuchira, TOR
Vicario General

p. Bernat Nebot Llinás, TOR
1º Definidor General

p. Amando Trujillo Cano, TOR
2º Definidor General

fr. Mark McBride, TOR
3º Definidor General

p. José Antonio Martorell Pou, TOR
4º Definidor General

p. Pierangelo D’Aiuto TOR
Secretario General